

A black and white photograph of a woman with dark, curly hair, wearing a black dress with large white polka dots. She is leaning against a light-colored wall on the right side of the frame. Her left hand is resting on the wall, and her right hand is near her waist. The background shows a dark, textured wall with a shadow of a curved object, possibly a lamp or a piece of furniture, cast onto it. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows.

LA HORA
DEL DIOS ROJO
Richard Crompton

Siruela/ Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: abril de 2015

Título original: *The Honey Guide*

En cubierta: fotografía de © iStock.com / Xavierarnau

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

© Richard Crompton, 2013

© De la traducción, Dora Sales

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
www.siruela.com

ISBN: 9788416396702

Índice

Dedicatoria

Prólogo

La hora del Dios Rojo

El origen de la muerte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

Glosario

Notas

Para Katya

Prólogo

Esta novela está ambientada en el periodo previo, y el inmediatamente posterior, a las elecciones del 27 de diciembre de 2007 en Kenia.

Entre reclamaciones por fraude electoral por ambas partes, el presidente en ejercicio, Mwai Kibaki, juró el cargo el 30 de diciembre, avivando de inmediato las protestas y los actos violentos que se extendieron por todo el país.

Parte de la violencia más intensa tuvo lugar en los suburbios de la capital, donde las tensiones étnicas, de larga trayectoria, asomaron a la superficie.

Este libro es un texto de ficción. La cronología es exacta, y la mayoría de las localizaciones son reales. Pero no pretende ser un retrato objetivo. Más bien, tiene la intención de captar el espíritu, la energía y el coraje de esta ciudad extraordinaria, Nairobi, que considero mi hogar.

Se cree que entre 800 y 1.500 keniatas perdieron la vida a causa de la violencia postelectoral. Otras personas, innumerables, perdieron sus hogares y medios de vida, y experimentaron el terror y la penuria. Este libro es un tributo a la memoria de quienes perecieron, y a la iniciativa de quienes lograron sobrevivir.

La hora del Dios Rojo

El origen de la muerte

Al principio, no existía la muerte. Esta es la historia de cómo la muerte llegó al mundo.

Había una vez un hombre a quien llamaban Leeyio, que fue el primer hombre a quien Naiteru-kop¹ trajo a la Tierra. Naiteru-kop llamó entonces a Leeyio y le dijo: «Cuando una persona muere y dispones del cuerpo, debes acordarte de decir: “El ser humano muere y regresa, la luna muere y se aleja”».

Pasaron muchos meses hasta que alguien murió. Cuando, finalmente, el hijo de un vecino falleció, mandaron llamar a Leeyio para que dispusiera del cuerpo. Al sacarlo, cometió un error y dijo: «La luna muere y regresa, el ser humano muere y se aleja». De modo que, tras eso, ninguna persona sobrevivió a la muerte.

Transcurrieron unos pocos meses más, y el hijo del propio Leeyio murió. Así que el padre sacó el cuerpo y dijo: «La luna muere y se aleja, el ser humano muere y regresa». Al oírlo, Naiteru-kop le dijo a Leeyio: «Ya es demasiado tarde, pues, por tu propio error, la muerte nació el día en que murió el hijo de tu vecino». Y así es como surgió la muerte, y, por eso, hasta el día de hoy, cuando una persona muere no regresa, pero, cuando muere la luna, siempre vuelve.

HISTORIA TRADICIONAL MASÁI

1

SÁBADO, 22 DE DICIEMBRE DE 2007

El sol cae en vertical, y la sombra escasea tanto como la caridad en Biashara Street. Allí donde existe —frente a las tiendas y en los callejones, como bocas de cuevas y cañones—, la vida se aferra: ojos que parpadean y observan con paciencia.

Ven a un hombre y a un niño andando por la acera, el niño da un brinco cada tres o cuatro pasos, para igualar las zancadas largas de su compañero.

El hombre, a modo de concesión, se ha encorvado ligeramente para ponerse a una altura que les permita conversar. Su postura sugiere que, si cualquiera de los dos alargase la mano, el otro se la cogería; sin embargo, por algún motivo, ninguno lo hará. Son padre e hijo.

—¿Pero dónde vas a montar? —pregunta el padre, de forma cansina.

Es evidente que se trata de una conversación antigua.

—¡En cualquier parte! —contesta el niño—. Podría ir a las tiendas por ti.

—Adam, esto es Nairobi. Si vas por ahí solo en bici, conseguirás que te maten. ¿Te has fijado en cómo conducen aquí?

—Pues entonces alrededor del recinto. En casa de Abuela. Allí no pasa nada. Michael tiene bici. E Imani también; y ella solo tiene siete años.

El hombre alto detiene su zancada, y el niño corre a meterse tras sus piernas. Algo ha inquietado al hombre: urgente, palpable, pero no obstante indefinible. La sensación de un problema a punto de golpear.

Solo por una vez, piensa Mollel, solo por *una vez*, me gustaría desconectar este instinto. Ser capaz de disfrutar yendo a comprar, de disfrutar pasando tiempo con mi hijo. Ser parte del público en lugar de un policía.

Pero no puede. Es lo que es.

—¡Esa es la que quiero! —exclama Adam, señalando hacia el escaparate.

Mollel pasa de forma vaga por la exposición de bicis que hay en el interior, pero se queda observando un reflejo suspendido sobre el cristal: un grupo de chicas adolescentes, todo cotilleo y chicle, móviles vibrando como abanicos, bolsos en bandolera sobre los hombros; y, desde las sombras, otros ojos, ahora ávidos, emergen. Los hombres observan sin observar, y se acercan sin moverse, con un aire despreocupado pero con determinación, dispares pero unidos, rodeando a su presa. Perros de caza.

—Entra en la tienda —le dice Mollel a Adam—. Quédate ahí hasta que vuelva a buscarte.

—¿Puedo elegir una bici, papá? ¿En serio?

—Solo quédate ahí —contesta Mollel, y empuja al niño para que cruce la puerta abierta de la tienda.

Se da la vuelta. Ya ha sucedido. El grupo de hombres se está desvaneciendo, las chicas todavía permanecen ajenas a lo que acaba de pasar. Hace marcaje a uno de los tipos, que se aleja veloz del escenario, tapando un bolso sin asas de vinilo dorado —*no es de su estilo en absoluto*— bajo la camisa.

Mollel despega, igualando el paso del perro de caza pero manteniendo la distancia, ansioso por no asustarle. No tiene sentido dejarle entrar corriendo en una callejuela ahora. Aprieta el ritmo, acorta la distancia. Deja Biashara Street.

Cruza Muindi Mbingu. Serpentea entre el tráfico, ignora las bocinas de los coches. Hay más ajeteo aquí.

El perro de caza tiene unos veinte o veintipocos años, calcula Mollel. Atlético. Lleva las mangas de la camisa cortadas a la altura de los hombros, no para no exponer sus brazos bien desarrollados, sino para facilitar el movimiento de quitársela. Los botones en la parte delantera serán falsos, Mollel lo sabe, reemplazados por una tira de velcro o por cierres automáticos para frustrar cualquier intento de agarrar por el cuello al ladrón de bolsos, haciendo que quien lo intente perseguir se quede sujetando solo una camisa harapienta, como la piel mudada de una serpiente.

Mientras Mollel sopesa su estrategia (lanzarse en picado a las piernas en lugar de agarrarle por el torso), se percata de que el ladrón está dirigiéndose hacia City Market. Ahora tiene que eliminar la distancia entre ellos. Si le pierde ahí, se escapa para siempre.

Acorta toda una manzana, con más recovecos de entrada y salida que una madriguera de damanes; un día como este el interior oscuro del mercado está abarrotado de compradores que huyen del sol. Mollel se plantea gritar *¡Alto, mwizi*!*, o *¡Policía!*, pero calcula que eso le haría perder un tiempo precioso. El ladrón sube a brincos los escalones y salta con destreza una pila de tripas de pescado; se detiene un momento para mirar hacia atrás, mostrando, piensa Mollel, señales de cansancio, y se sumerge en el interior oscuro. El cuerpo delgado y adusto de Mollel le sigue a solo unos pocos segundos, el corazón le late con fuerza mientras toma bocanadas de aire incluso cuando su estómago se rebela ante el hedor potente del pescado. Llevaba un tiempo sin hacer esto. Y lo está disfrutando.

Sus ojos necesitan un momento para adaptarse. Al principio, todo lo que puede ver son unas ventanas altas, muy elevadas, rayos de luz como columnas. El ruido llena lo que los ojos no ven: el alboroto de la negociación y el intercam-

bio, el piar de los pollos, la risa, el parloteo, el cantar, y el ajetreo y el bullicio multitudinarios.

Y en medio de ese ajetreo y bullicio; un bullicio, un ajetreo que no deberían estar ahí. Ahora lo ve además de oírlo, solo unos puestos por delante. Figuras que caen, voces que se elevan protestando. Su presa.

Ve al ladrón a través de un hueco en la muchedumbre. Va dispersando gente y productos a su paso, con la intención de bloquear a su perseguidor. No tiene sentido recorrer esa vía. Mollel mira a derecha e izquierda, y opta por la derecha. Rodea un puesto, y comienza a correr en paralelo. Aunque se mantiene al ritmo de su presa, no va a cogerle de esta forma. Por delante, ve sacos de mijo amontonados libremente contra uno de los puestos. Es su oportunidad. Da un salto, dos, y se planta encima del puesto, en equilibrio sobre los tablones que rodean el mijo.

Surge un alarido de protesta por parte de la mujer que hay tras el puesto, mientras intenta golpear las piernas de Mollel con su pala.

—¡Baja de ahí!

Pero él ya se ha ido, saltando al siguiente puesto, confiando en que la madera destartada aguante su peso. Lo hace. Mollel corre y salta de nuevo. La madera aguanta.

Desde ahí tiene mejor vista, y una carrera más limpia a pesar de los esfuerzos de los comerciantes por empujarle, agarrarle, arrastrarle para que baje. Él se eleva por encima de las manos, por encima de los puestos, únicamente concentrado en la persecución.

El olor fresco, limpio, de los pimientos y las cebollas atraviesa la sequedad polvorienta del mijo. Más fácil para merodear. Mollel pasa saltando sobre las verduras apiladas, brincando, ojeando desde arriba, recordando cuando perseguía cabras por los pedregales de las montañas siendo un niño. El impulso lo es todo. Cada paso espera que caigas. Engaña. Desaparece.

Gritos indignados le atronan los oídos, pero Mollel siente que la enorme sala se ha quedado en silencio. No hay nadie más ahí, solo están él y el hombre que huye. La distancia entre ellos se mide en latidos: a un brazo de distancia; al alcance de la mano.

Y entonces el ladrón sale por la puerta.

De pronto Mollel se encuentra de pie sobre el último puesto, rodeado de caras furiosas. Le abuchean y le cierran el paso; alargan las manos para cogerle por los tobillos. Ve la parte trasera de la cabeza del ladrón a punto de desvanecerse entre la multitud fuera del mercado. Alarga el brazo hacia abajo, nota pelo y dureza —cocos— bajo los pies. Otro truco de cabrero: si el animal está fuera del alcance, lánzale algo.

El coco sale de su mano incluso antes de que piense en ello. Describe una parábola baja sobre las cabezas de los comerciantes, atraviesa la entrada cuadrada, brillante. Mollel incluso oye el golpe, y se relaja. Ahora tiene tiempo de sacar su identificación y despejar el camino hacia la entrada, donde se ha formado un círculo.

Ahora la muchedumbre está ansiosa, a la expectativa. La entrada trasera de City Market está poblada de puestos de carniceros, y el olor metálico de la sangre flota en el aire.

La gente se aparta ante él, y Mollel entra en el círculo. El ladrón está de rodillas, aturdido, el bolso dorado se le ha caído al suelo y se frota la parte trasera de la cabeza con una mano. En la parte delantera del círculo, un par de niños han cogido ya el coco destrozado, chupan la carne dulce y sonríen a Mollel. Comida gratis y espectáculo. ¿Qué más puedes querer?

—Vas a venir conmigo —dice Mollel.

El ladrón no contesta. Pero se pone de pie tambaleante, como atontado.

—He dicho —insiste Mollel— que te vienes conmigo.

Da un paso al frente y agarra al ladrón por la parte superior del brazo. Es más ancho de lo que Mollel puede abar-

car con la mano, y duro como una roca. Espera que el chico esté lo bastante conmocionado como para arrastrarlo cuesta abajo. Si al menos tuviese unas esposas.

Y entonces el brazo gira y se aleja del suyo, dándole tiempo a Mollel solo a retroceder y mitigar la fuerza del golpe que aterriza a un lado de su cabeza. No hay conmoción; la debilidad era fingida. Ahora el ladrón está alerta y plantado sobre sus talones. Una embestida, perdida, hacia Mollel. La muchedumbre vitorea. Este luchador es fuerte pero inestable, y el policía calcula que una rápida acometida con el hombro le tiraría de nuevo al suelo. Mollel aprovecha la ocasión, la cabeza gacha, el cuerpo inclinado hacia el pecho de su oponente, pero calcula mal el tiempo, y el ladrón le elude con facilidad. Mollel siente un dolor agudo, terrible, en la cabeza, en todas partes, punzante y tenso, el dolor de la captura, de la sumisión.

Su oponente ríe, y un rugido de aprobación surge del gentío. No es partidista, esta gente. Mollel siente como si le sacudiesen la cabeza de lado a lado, arriba y abajo. No hay nada que pueda hacer.

—Ahora te tengo, masái —ríe el ladrón.

Ha metido los pulgares en los lóbulos de las orejas de Mollel.

La pesadilla de su vida, esos lóbulos. Largos y arqueados, la carne estirada desde la niñez para que sobrepase la línea de la mandíbula, las *i-maroro** son una señal de orgullo e identidad guerrera en los círculos masái, pero son objeto de burla y prejuicio en cualquier otra parte. Conoce a muchos masái que se han hecho quitar los bucles, pero de alguna forma los muñones le suenan a arrepentimiento, y orejas así parecen tan llamativas como las suyas propias.

Sin embargo, tienen una ventaja: nadie va a cogerlas de los lóbulos. Los transeúntes se desternillan con una risa casi histérica; no puede esperar ayuda por esa parte. Nunca han visto a un policía llevado por las orejas, como un toro con

un aro atravesándole la nariz. Incluso el ladrón, que ahora está muy cerca, y le lanza una mirada lasciva, parece no poder creer la suerte que ha tenido.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer, masái —dice—. Vamos a irnos juntos, despacio, para salir a K Street. Voy a arrancarte tus bonitas orejas. Y tú no vas a seguirme. Si lo has entendido, asiente con la cabeza. Oh, lo siento, no puedes, ¿verdad? ¿Quieres que asienta por ti? Sí, ¡eso es!

Todo un humorista, este tipo, piensa Mollel mientras le mueve la cabeza arriba y abajo. El ladrón disfruta con el público. Incluso adopta un aire un poco arrogante cuando levanta al policía cautivo, mirando a la muchedumbre, saboreando su momento de gloria. Que lo haga, piensa Mollel. Significa que no estará preparado para lo que estoy a punto de hacer.

Lo que hace, brutalmente, con rapidez, arranca un quejido comprensivo por parte de todos los hombres de la muchedumbre que les observa. Imaginan bien lo que una bota de policía del cuarenta y cinco con punta de acero puede conseguir cuando entra en contacto tan íntimo con su objetivo.

Casi con ternura, el ladrón suelta las orejas de Mollel. Mira directamente a los ojos del policía con expresión de sufrimiento y agonía. Esta vez, Mollel sabe que no tendrá problemas para detenerlo.